

celebrada á 25 de marzo de 1436. Pero á fin de reformarlos sustancialmente, y como para cortar desde luego todos los abusos en su raíz, se establecieron reglas para la elección de los Papas y de los cardenales. Después de determinar el orden y la policía de los cónclaves, se especificaron las cualidades que deberían exigirse para ser elegido Papa, los juramentos particulares que había de hacer este en el día de su coronación al tiempo de la profesión de fé, y las moniciones que se le debían hacer todos los años acerca de sus obligaciones esenciales. Para el cardenalato debían elegirse únicamente hombres maduros, ilustrados, de conocida sabiduría, experimentados en los asuntos eclesiásticos, sacados indistintamente de todos los Estados cristianos, rara vez de casas soberanas y nunca sobrinos de los Papas ó de los cardenales. Se mandó también que en ningún tiempo pudiesen pasar de veinticuatro. Esta sesión volvió á poner los ánimos en la misma disposición en que se hallaban antes de las negociaciones de Arras; y renovándose en la siguiente, á 18 de abril, la causa de los griegos, se llegó al estremo de un rompimiento absoluto.

Hemos visto que los Padres habían convenido en términos espresos, en que si no se podía conseguir del emperador de Constantinopla que eligiese la ciudad de Basilea para tratar en ella de la reunión, aceptarían el lugar que quisiese aquel príncipe. Desde esta determinación, tomada en la sesión diez y nueve, mas de año y medio antes, el choque perpétuo de autoridad entre el Papa y el concilio, y las tentativas aisladas de uno y otro con respecto á Constantinopla, había ocasionado mucha alteración en los asuntos y en los ánimos. Prescindiendo de aquel laberinto de diputaciones multiplicadas y rivales, de solicitudes contrarias de negociaciones, sutilezas é intrigas, bastará saber que por último había señalado ya el

concilio la ciudad de Aviñon para oír en ella á los griegos. El día 14 de abril en la sesión veinticuatro, á la cual se asegura que no asistieron mas de veintitres prelados, de los cuales solo diez eran obispos, y en la que no por eso dejaron de publicarse indulgencias plenarias, el mayor número de los concurrentes se declaró fijamente por la ciudad de Aviñon, ó á lo menos no quiso que se tratase de elegir ninguna otra mas proporcionada y conforme á la petición de los griegos. Pero este gran número (dice Agustín Patricio en su redacción de las Actas de Basilea) era el populacho del concilio (1); y añade, que para aumentar el gentío se dió entrada en la asamblea á una multitud de clérigos de aldea y hasta de los mas ínfimos dependientes de los prelados. Desde entonces, el cardenal Julian, que había estado antes tan opuesto á Eugenio IV, temió que peligraban ya los derechos de la Santa Sede, y volvió á defender con energía los intereses del Sumo Pontífice.

Por lo que hace al Papa Eugenio, habiendo resuelto enviar nuncios á todas las cortes para poner en conocimiento de los príncipes lo que había pasado en el concilio, en la Memoria que con este motivo compuso acusa á los obispos de Basilea de haber degradado en cierto modo á los legados de la Santa Sede con las modificaciones puestas á sus poderes; de haberse declarado cuerpo acéfalo acordando que, si los legados no querían publicar los decretos, ninguna falta les hacía, pues se publicarían por el primer prelado que les siguiese en el puesto; de haber renovado é interpretado contra su legítimo sentido dos decretos del concilio de Constanza «sometiendo así el Soberano Pontífice á la corrección del concilio, cosa que jamás han reconocido los fieles ni

(1) *Conc. t. 9, p. 1131.*

enseñado los doctores; cosa que por otra parte sería de muy mal precedente para los príncipes, pues de ahí se seguiría que estos también estaban sujetos á los estados generales de sus dominios ó principados.» Quejábase además Eugenio de los decretos expedidos por el concilio aboliendo las anatas, y pretendía que el concilio se ponía en oposición consigo mismo, pues por todas partes se estaba viendo á sus colectores y agentes ir exigiendo las anatas y aplicándolas en provecho suyo. Asimismo condenaba el Papa todo lo que se había dispuesto en Basilea acerca del orden de los cónclaves, de la elección de los Papas, del número de cardenales, y de la estinción de las reservas. Reprobaba sobre todo las indulgencias concedidas en la sesión veinte y cuatro á pesar de las representaciones de los prelados mas distinguidos. Detallaba la multitud de negocios de que el concilio se sobrecargaba, provisiones de beneficios, confirmaciones de asambleas capitulares, establecimientos de encomiendas, licencias de confesar, facultades de absolver de censuras, canonizaciones de los santos, dispensas en materia de órdenes, de irregularidades, de matrimonios, etc. Eugenio llevaba también muy á mal que el concilio se hubiese dado un sello particular; que avocase á sí las causas ya juzgadas por la Santa Sede; que en la celebración de la misa hubiese suprimido la oración que toda la Iglesia dice por el Papa; que hubiese concedido el derecho de sufragio y de voto definitivo á otros que á los prelados, «lo cual, decía, es contra la antigua práctica de los concilios en los que solo los obispos, representando sus diócesis, suscribían los decretos.» A todo esto seguía luego una estensa exposición de todo cuanto el Papa había hecho para mantener la paz (1).

(1) *Rain. an. 1436; Hist. de l'Egl. gall. t. 47.*

Vióse entonces aquel fenómeno casi inexplicable, aquel contraste de virtud y de obstinación que ofreció en su persona y conducta Luis de Aleman, cardenal arzobispo de Ariés, el cual adquirió en esta época la grande autoridad que conservó mientras hubo en Basilea alguna sombra de concilio. Había abandonado secretamente la corte de Roma, y embareándose en una galera de Génova, fué á incorporarse con los Padres de Basilea, enamorado del proyecto de reforma que les daba tanta celebridad, y que le sedujo en tales términos que accedió y presidió á la trama, consumando y prolongando el cisma del modo mas claro y manifiesto, aun después que por la retirada de los legados de Eugenio y la traslación del concilio á Ferrara había dejado de ser no solamente ecuménico, sino hasta legítimo, el concilio de Basilea. Sin duda era todavía necesario que con este nuevo ejemplo se reconociese que la virtud mas firme que ilustrada es un escollo en las grandes dignidades, y que no se debe juzgar de la doctrina ó de la fé por las virtudes mas visibles, sino antes bien de la virtud por los principios de la fé y por la doctrina de la Iglesia.

Nada se había decidido positivamente con respecto á los griegos en la sesión veinticuatro. La veinticinco, que se celebró á 7 de mayo de 1437, después de muchos viajes de Occidente á Grecia, y de Grecia á Occidente, acabó de completar la discordia, é hizo ya irremediable la división. Diéronse en ella dos decretos contradictorios, el primero de los cuales tenía por autores á los legados del Papa y á las personas de mayor peso en el orden de la prelatura. Por él se mandaba que los griegos se reunirían en Florencia ó en Udina en el Frioul, ó en alguna otra ciudad de Italia que les pareciese bien. Al contrario, la turba multa de la asamblea, compuesta,



como hemos visto, de un tropel confuso de clérigos y de oficiales subalternos, erigidos en Padres del concilio, decidió por boca de su presidente, el cardenal de Arlés, que el congreso de griegos y latinos se celebraría en Basilea, ó en Aviñon ó en Saboya; que se iría á Constantinopla á traer á los diputados de Grecia, y que estos se obligarian á ir á uno de los tres parages señalados. Habiendo espedido los dos partidos estos dos decretos contradictorios, y no queriendo ceder ninguno de ellos, se encendió mas la disputa cuando se trató de poner los sellos. Entretanto los presidentes respectivos determinaron que el mejor medio para facilitar la conciliación sería nombrar tres comisionados que juzgasen definitivamente, los cuales hicieron sellar el decreto de los prelatos alicios al Papa, según refiere Agustín Patricio. Al contrario, el arzobispo de Palermo, en la obra que se le atribuye sobre este punto, dice que hicieron sellar el decreto del partido opuesto á Eugenio, y que si llegó á sellarse el primero fué por las malas artes de algunos falsarios que abrieron clandestinamente el depósito en que se custodiaba el sello del concilio, con cuyo motivo entran muchos criticos en discusiones tan problemáticas como supérfluas. Un vicio mas ó menos en una causa en que todo se redujo á enredos y zizaña, debe ser para nosotros la cosa mas indiferente, y con mucha mayor razón si consideramos que de ningún modo se trataba en ella de la enseñanza de la Iglesia (1437).

El mismo ardor con que se habia procedido en cuanto al decreto y á la fijación de los sellos, se manifestó por una y otra parte en el proyecto de ir á buscar á los griegos. Por una parte los legados y la porción del concilio que estaba por el Papa, y por otra la multitud confusa que le era contraria, enviaron diputados á Constantinopla

para traer al emperador y á los prelatos que representaban la iglesia oriental. Pero fueron mas activos los partidarios del Papa y llegaron cerca de un mes antes que sus competidores; mas para estos no fué este golpe el mas sensible, porque además tenían los griegos poca confianza en un concilio que no era de la aprobación del primer Pontífice. Aquellos de entre los griegos que solo atendían á los intereses políticos, no esperaban grandes socorros de aquellos prelatos que estaban próximos á un rompimiento con su jefe el Papa, eran poco poderosos por sí mismos, y en muchas cosas no habian acertado á complacer á sus soberanos; y los que aspiraban sinceramente á volver á entrar en la unidad católica y en el camino de la salvación, temían salir de un cisma para caer en otro.

Esta segunda disposición, que parece haber sido constantemente la del emperador Juan Paleólogo, segundo de este nombre, fué corroborada con las exhortaciones de Jorge de Trebisonda, persona tan distinguida por la eminencia de su doctrina y por lo sublime de sus sentimientos, como por la nobleza de su cuna. Le escribió que no se uniese con un concilio que, con sus decretos iníquos y maquinaciones escandalosas contra Eugenio, verdadero sucesor de Pedro, daba á entender bien á las claras que solo aspiraba al cisma, á fin de trasladar el Pontificado á Francia ó á Alemania; que la turba de sacerdotes y demas eclesiásticos amontonados en Basilea, no debía llamarse concilio, sino conciliábulo de impíos y cueva de ladrones; que por otra parte sería una cosa muy vergonzosa para él concurrir al lugar señalado sin noticia suya para la celebración de un concilio ecuménico, pues debía considerar que él era sucesor de los emperadores, los cuales habian tenido siempre, despues del Pontífice romano, la principal parte en la celebración de los concilios.

lios; que por lo tanto despidiese á los emisarios de la cábala para que se volviesen á su supuesto concilio, y que sin vacilar un momento pasase á celebrar el santo y legitimo concilio con el Gefe de los pastores, porque de otro modo no haría mas que aumentar la división de la Iglesia, de cuya unión tantos deseos manifestaba (1).

Siguió Paleólogo este consejo, cuya solidez conoció antes de emprender el viaje; pues habiendo descubierto sus intenciones los diputados del concilio, le dijeron, al verle resuelto á embarcarse en las galeras enviadas por Eugenio, que cuando llegase á la corte de este Pontífice le hallaría precipitado de la Silla apostólica. Con esto el emperador se afirmó mas y mas en su resolución, sostenida con la seguridad que se le dió de que el Sumo Pontífice estaba determinado á presidir en persona el nuevo concilio. Se embarcó en las nueve galeras que se le habian enviado bien armadas y tripuladas, con el déspota Demetrio su hermano, el patriarca de Constantinopla, otros veinte prelatos, entre obispos y arzobispos, un número casi igual de diputados de segundo orden, elegidos unos y otros en toda la iglesia griega por su mérito sobresaliente, y una comitiva numerosa que llegaba á setecientas personas. Los patriarcas de Alejandría, Antioquia y Jerusalem, habian dado comision formal á algunos de estos prelatos para que representasen sus personas en el concilio. Despues de una navegacion larga y bastante penosa, llegaron todos á Venecia el dia 8 de febrero del año 1438.

Nada se omitió para que fuese magnífica su entrada. El dia siguiente al de su llegada, que fué el domingo de septuagésima, fueron el dux y el senado á recibir al emperador en el Bucentauro, adornado con oro y sedas, y seguido de doce galeras magnifi-

camente equipadas, y de una infinidad de góndolas que cubrían el mar á larga distancia, al mismo tiempo que habia un gentío iamenso en la ribera y en todos los parajes por donde habia de pasar la comitiva. Despues que Paleólogo, sentado en su galera en un trono brillante, recibió los homenajes que le rindieron el dux y los senadores vestidos todos de gala, pasó á su bordo, y habiendo puesto al dux á la derecha, y á su hermano Demetrio á la izquierda, entró en la ciudad por el canal grande, en medio de una música de todo género de instrumentos, del repique de todas las campanas y de las aclamaciones de todos los espectadores. Informado el Papa de la llegada del príncipe, envió al cardenal Albergati para que le cumplimentase, acompañado del marqués de Ferrara, Nicolás de Est, el cual le cedió el mando en su ciudad y en todos sus Estados. Le dió gracias el emperador con grandes muestras de sensibilidad, y por su parte envió dos abades y tres caballeros á Ferrara para ofrecer sus respetos al Papa. Los abades no hicieron mas que una inclinación al saludar al Sumo Pontífice, y los legos doblaron la rodilla; pero todos ellos se negaron á postrarse para besarle los pies: costumbre enteramente desconocida todavía de los griegos (1).

Como el concilio estaba abierto desde el mes de enero, marchó al momento el emperador algunos dias antes que el patriarca, el cual era sumamente anciano; se desprendió de los honores que le prodigaban en Venecia, y el dia 28 de febrero subió por el Pó hasta Francolin, distante media legua de Ferrara, donde se halló el marqués de Est al tiempo del desembarco para ofrecerle de nuevo sus respetos. Allí montó Paleólogo en un caballo vayo, ricamente enjaezado, y en medio de todos los cardenales y de una

(1) Edit. Pontan. post hist. Pharan.

(1) Cone. t. 13, p. 19 et 903.



gran multitud de otros prelados que habian salido á recibirle fuera de la ciudad, entró en ella el día 4 de marzo debajo de un palio magnífico que llevaban los hijos y los parientes mas inmediatos del marqués. En esta forma fué conducido hasta el palacio del Papa, el cual habia llegado poco antes de Bolonia. Todos los que le acompañaban se apearon en la primera puerta, quedando él solo á caballo para atravesar los patios hasta la puerta de la sala en que estaba el Pontífice. Se apeó entonces, y habiéndose dado al Papa el aviso de su llegada, dejó el trono y le salió al encuentro, midiendo tan exactamente los pasos que se encontraron en la mitad de la sala. Le abrazó Eugeo tiernamente, y presentándole la mano se la besó Paleólogo con respeto. Le llevó á su cuarto y le dió asiento á la izquierda, donde todos los príncipes y cardenales fueron á rendirle sus obsequios. Despues de un rato de conversacion le envió con la misma pompa al palacio que se le habia preparado, donde se le trató con toda la grandeza y suntuosidad que correspondia á su augusta persona.

Tres dias despues de la entrada del emperador llegó el patriarca con algunos obispos y metropolitanos, embarcados en un navío magnífico del marqués de Ferrara. Como no se habian enviado cardenales para que le recibiesen, sino solo algunos obispos, pasó el resto del dia en su navío, hasta que se arreglase todo el ceremonial de su recepcion de un modo conveniente á su celo en conservar la dignidad de su clase, que era la primera de la Iglesia oriental. En este intervalo quedó todo dispuesto, y á la mañana siguiente fueron á recibirle, al tiempo de desembarcar, cuatro cardenales acompañados de veinte y cinco obispos, de un gran número de dependientes del Papa, y del marqués de Est con sus hijos y el cuerpo de la nobleza; le presentaron los caba-

llos que se habian preparado para él y para las personas de su comitiva, y en medio de dos cardenales se adelantó hasta la puerta de una de las fachadas de palacio, donde echó pié á tierra. Desde allí, atravesando una porcion de salas y de antecámaras, fué conducido al cuarto secreto, donde el Sumo Pontífice, que no habia querido hacer pública esta audiencia, le estaba esperando sentado en un trono muy alto, y á su lado los cardenales en sillas mucho mas bajas. Luego que llegó el patriarca se abrió la puerta y se le dió orden para entrar, acompañado solamente de seis metropolitanos, los mas distinguidos de la Grecia. Al ver el Papa que se iba acercando, se levantó, le abrazó, volvió á sentarse en su trono, y le hizo sentar á la izquierda en una silla semejante á la de los cardenales. Los seis metropolitanos fueron igualmente admitidos al ósculo y colocados á la izquierda del patriarca, pero de pié, del mismo modo que los otros griegos, los cuales fueron entrando de seis en seis, unos detrás de otros, siendo recibidos segun correspondia á sus cualidades respectivas. Los obispos y los principales empleados de la iglesia de Constantinopla fueron admitidos al ósculo de la mano y de la mejilla; los demas eclesiásticos hicieron una reverencia profunda, y los legos besaron de rodillas los pies del Pontífice. Algunos dias despues se trató de asuntos mas serios.

Cuando el Papa Eugenio se aseguró de que tenia de su parte á los griegos, que podia contar con las personas mas ilustres de Basilea, y que los restos de este concilio estaban decididos á no guardar ningun miramiento, cobró alientos en el seno mismo de la adversidad, y por una bula de 17 de setiembre trasladó á Ferrara aquella asamblea tumultuosa, bien que con ciertas modificaciones. El concilio no debia celebrarse únicamente en este último lugar hasta despues de la llegada de los griegos, y en todo caso

se podia tratar en Basilea por espacio de treinta dias, contados desde esta bula de traslacion, de la causa de los bohemios, que tenian entonces embajadores en dicha ciudad. Pero semejantes consideraciones ninguna moderacion inspiraron á una asamblea sin cabeza y sin orden. Perfectamente acéfala desde la sesion veinte y seis, y sin mas que un gefe de puro aparato, habia renovado contra el Papa y los cardenales su sistema favorito del emplazamiento para comparecer en el término de sesenta dias, con una larga enumeracion de agravios ó de injurias contra el Papa. Desde esta época hasta que llegaron los griegos á Ferrara, se acumularon en Basilea las sesiones y los ultrajes contra la Cabeza de la Iglesia. Anular el nombramiento de un cardenal, suprimir las bulas de Roma, declarar á Eugenio contumaz y suspenso en lo espiritual y en lo temporal, y advertir á los príncipes y al clero que no le prestasen ya obediencia; todos estos excesos fueron obra de algunos meses y de cinco sesiones. Pero si la derrota sufrida por la asamblea de Basilea en el asunto de la reunion de los griegos la habia mortificado de una manera sensible, otra mortificacion no menos dura que sufrió esta asamblea fué el grito general que se levantó en las cortes de Europa cuando se comenzaron los procedimientos contra Eugenio. Despues del decreto de aplazamiento, el emperador Segismundo hizo saber al concilio que veia con dolor sus nuevas turbulencias; que los príncipes del imperio y él deseaban se las pudiese coto; que nada debia precipitarse en un negocio de tanta importancia; y que por lo demás, si los Padres continuaban inquietando al Papa, todo el imperio saldria en defensa de este y sosten-dria las prerogativas de su dignidad (1).

En la sesion treinta y dos, celebrada en 24 de marzo de 1438, habiéndose ya el Vicario de Jesucristo, que presidia el concilio de Ferrara, fulminado censuras contra todos aquellos que se atreviesen á seguir teniendo asambleas eclesiásticas en Basilea, se arrojaron á usar de las mismas armas contra el concilio unido con la Cabeza de la Iglesia y á tratarle de conventículo cismático. Formaron ocho artículos contra Eugenio, en los que se decía que era una verdad de fé católica que el concilio general es superior al Papa y que no puede ser disuelto ni trasladado sin el consentimiento del concilio. Sin embargo, habia ya en Ferrara unos ochenta obispos, y dos meses despues pasaron de ciento y ochenta, comprendiendo en este número á los orientales, los que unidos con los latinos formaron por fin el concilio general de las dos iglesias el día 9 de abril de 1438. Se habian celebrado antes dos sesiones, que no forman parte de las actas romanas del concilio, porque no se trató en ellas de la desavenencia entre las dos iglesias, que era el objeto principal de él. Por la misma razon no se coloca tampoco esta primera asamblea de los prelados griegos y latinos en el número de las sesiones regulares, las cuales no empezaron propiamente hasta seis meses despues; porque atendiendo los griegos á sus intereses temporales no menos que á los espirituales, querian esperar el fin de las desavenencias de Roma con Basilea y la reunion de todo el Occidente, para conseguir por este medio mayores socorros.

No por eso dejó de hacerse en el día señalado la apertura del concilio ecuménico, el primero en que el Sumo Pontífice, al frente de los obispos latinos, asistió en persona con el emperador y los patriarcas de Oriente. Esto ocasionó al principio alguna dificultad con respecto al orden de los asientos: Descaba el Papa que su trono se colocase en medio de la iglesia como en su-

(1) Hist. de l'Égt. gal. t. 47, Conc. t. 2, p. 11, el 35.